

## UCAB: CRISIS DE OBJETIVOS

No es ésta la primera crisis de la UCAB. Tampoco, según estimo, a pesar de su mayor repercusión en la opinión pública, será la última. Las crisis, en este caso como en muchos otros, son simples afloramientos o momentos de un proceso que se cumple inexorablemente cuando las instituciones pierden de vista los fines que le dieron existencia, o todavía más, cuando carecen de objetivos claramente delineados y conocidos.

A mi modo de ver, todos quienes de una manera u otra nos encontramos vinculados a la UCAB: alumnos, egresados, profesores, autoridades, jesuitas, somos partícipes, en proporción relativa, de la situación existente. Algunas veces la indiferencia o la pasividad, otras, la estrecha visión utilitaria y egoísta de la profesión y, las más de las veces, el desconocimiento absoluto de la misión y de la esencia de la Universidad, han sido ingredientes de esa responsabilidad colectiva.

Evidentemente, la Universidad Católica, como ninguna otra Universidad, no puede estar al servicio de intereses particulares, cualesquiera sea el tipo o signo de ellos. Por supuesto que es inadmisibles la pretensión manifiesta de sectores del poder económico de hacerle instituto al servicio de un supuesto "desarrollo", el cual no es más que el refuerzo de la sociedad de consumo —en el peor sentido— prescindiendo de toda consideración de justicia social, y para lo cual aspiran que la Universidad le suministre los "recursos humanos", valga decir, profesionales hábiles en técnicas "necesarias" y desprovistos de todo sentido crítico frente al desorden establecido.

Tampoco puede la UCAB ser centro de ideologización de ningún "ismo": socialismo, comunitarismo, socialcristianismo, liberalismo o marxismo, para citar algunos, porque, como Universidad, su misión es muy otra.

La Universidad tiene como objeto la enseñanza del conocimiento universal, es decir, del saber. Saber como conocimiento de las cosas en sus razones más profundas y universales. En otras palabras, la verdad. Su misión esencial y a-histórica es doble: creación de la cultura y transmisión de la cultura, entendida ésta, con Ortega, como "el sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad que el hombre posee".

La intervención de la Universidad en la vida social es a través y en función de sus miembros, quienes por su actuación pueden determinar una actitud dominante, que en todo caso responde a la formación y a la Cosmovisión que la Universidad les ha suministrado. Si bien es cierto que hace esto de modo indirecto con la formación que suministra, y que está presente en todas las actuaciones de sus egresados que tienden a vislumbrar las grandes transformaciones y a solucionar las grandes necesidades de la sociedad, aún mucho puede hacer, como cuerpo social, en la búsqueda aquí, en Latinoamérica, de nuestra propia expresión como pueblo. Es cierto que como Universidad le es imposible —y no le compete— el remediar las pésimas condiciones sociales, políticas y económicas de nuestros pueblos, pero siempre tendrá la responsabilidad de formar sus dirigentes y de crear condiciones que permitan el emerger de una nueva conciencia continental.

Si las masas populares sufren alienaciones que es necesario superar mediante la concientización y la organización de las mismas, las élites no están menos alienadas, vertidas hacia el brillo del prestigio y la comodidad e inficcionadas de pseudo-valores externos extraños a nuestra idiosincrasia y modo de ser propios. La Universidad, en general, y la UCAB en particular, ha sido en muchos casos, convertida en produc-

tora de mediocridades y falsos prestigios. En este sentido, opera un círculo recurrente que agrava cada vez nuestra situación de ignorancia y dependencia: el número de alumnos aumenta a un ritmo acelerado, los profesores se escogen entre egresados de ya mediocre formación y de esta manera se repite el ciclo, con la constante de una caída en el valer y en el pensar. Es necesario un esfuerzo supremo y una reforma audaz: volver a levantar el nivel de la Universidad hasta la misma altura de la verdad; entender que la Universidad es para un ascenso de las verdaderas capacidades provenientes de todas las clases sociales y no sólo los que puedan acceder a ella por ser hijos de clases acomodadas; y exigir a los que no cesitan instrucción, que son los que concurren a sus aulas, esfuerzos de superación y de iniciativa; además, estimular, desarrollar y fortalecer la vocación y el saber de quien al frente de la cátedra, es agente instrumental de la enseñanza. Finalmente, es necesario lograr que el universitario devuelva a la sociedad, en estricto deber de justicia general, lo que de ésta ha recibido. Para ello, procurar que antes de ejercer la profesión de un modo particular, preste un servicio directo a la comunidad, a título de servicio civil obligatorio, allí donde su esfuerzo sea necesario y por el plazo que la prudencia determine. En este, y no en otro sentido de tonalidad demagógica, vale hablar de Universidad democrática y popular.

Nuestra Universidad Católica debe ser una Universidad situada; una Universidad que tenga su asiento en este continente latinoamericano, y si su misión es como se ha dicho el encuentro de la verdad una, corresponde entonces a ella el ir al encuentro de nuestro propio ser oculto, de nuestro "ethos" latinoamericano: descubrir nuestros auténticos valores, destacar nuestras aspiraciones, nuestra razón de ser cultural, nuestra propia fisonomía de nación verdadera; indagar sobre nuestras reales posibilidades; crear nuestra propia técnica adaptada a nuestros recursos y a nuestras necesidades; pensar nuestro propio derecho, capaz de reproducir las relaciones reales de nuestros hombres y nuestras cosas, algo muy distinto a la reimpresión revisada del código napoleónico. Buscar nuestras propias estructuras políticas, que expresen la realidad del campo y la ciudad y que compensen los elementos reales de fuerza que existen, con miras a una más auténtica realización de la justicia. En fin, diferenciarnos como realidad una que somos, lo cual por cierto no implica separar la unidad del ser o la verdad, sino expresarla con más fuerza al desvelar un aspecto oculto de la totalidad universal que nos abarca.

Finalmente, como católica, a la UCAB ciertamente no le corresponde la misión de salvar o convertir las almas. Pero ella puede y debe abrir los espíritus de sus miembros a una cosmovisión fundamentalmente cristiana en su contenido. No significa esto que sea una Universidad de católicos para católicos, sino que, todo lo contrario a la limitada interpretación del término "católico", se abra a la universalidad de valores permanentes del hombre, los cuales brotan —por ser humanos— de la médula misma del cristianismo. Dar a quienes lo busquen, un sentido más espiritual de la vida y, por ende, una mayor preocupación por los otros, especialmente los oprimidos por el sistema. Alentar —como había comenzado a hacerlo— el serio estudio de las disciplinas teológicas y de la filosofía, a fin de que quienes busquen tal saber, encuentren en ella una fuente fresca —que no agua estancada— para abreviar esa sed, que al fin y al cabo, en la existencia temporal, es inextinguible.